

San Borondón, una isla llena de misterios



En el **bochinche** de Antonio,
cerca del Puerto de Las Palmas,
2 amigos beben vino
y comen papas arrugás con mojo,
mientras que recuerdan las historias
que han escuchado desde niños.

Un **bochinche**
es un bar pequeño
donde puedes comer
comidas típicas
y beber vinos del país.

Estos amigos se llaman Germán y Vicente.
Les atiende Antonio, el dueño del bar.

Germán y Vicente
se conocen desde que eran pequeños.

Ellos han viajado mucho juntos.
Germán trabajó en una naviera
hasta que se jubiló.

Vicente trabajó muchos años
como **cartógrafo**.

Un **cartógrafo**
es una persona
que hace mapas.

Desde que se jubilaron,
ambos quedan cada miércoles
para contarse historias.

Cada día le toca a uno
contar un relato
y el otro escucha,
tranquilo y respetuoso.

A veces, Antonio y otras personas
se sientan con ellos a escuchar.

Una vez se sirven la primera cerveza,
se preguntan por las esposas,
por las hijas y por los nietos,
comienzan a recordar.

Recordar es como volver a vivir.

—Germán, ¿tú conoces la historia de **San Borondón**? —pregunta Vicente.

—¿Historia o historias? —contesta Germán, divertido.

—Historias, leyendas, ¿qué más da? —replica Vicente.

Germán continúa:

—Cuando yo trabajaba en la naviera, recuerdo que mis compañeros hablaban de San Borondón, una isla llena de plataneras silvestres y piedras preciosas.

Una isla que, a veces, aparecía en el horizonte y luego desaparecía.

—Yo también las escuché —interviene Vicente. Escuché muchas historias de marineros que decían haber ido allí y que volvían encantados.

Vicente hace una pausa para tomar un sorbo de cerveza.

Germán entiende que hoy es el turno de su amigo.

Con voz de presentador de radio, Vicente empieza a hablar:

—Yo siempre quise hacer el mapa verdadero de San Borondón.

La isla de San Borondón aparece en muchos mapas.

También hay dibujos antiguos en los que puedes ver a los animales y a las plantas de esa isla.

Muchas personas dicen que la han visto. Incluso, hay gente que dice que ha estado allí.

En las historias sobre
la isla de San Borondón,
aparecen monjes santos,
un gigante, paisajes hermosos
y hasta un ángel...

—¿Un gigante y un ángel?
¡Nunca escuché nada así! —interrumpe Germán.

Vicente dice:

—Sí, al menos en las leyendas
que yo conozco.

Hay varias leyendas, con diferentes finales.

Muchas personas han buscado
la isla de San Borondón,
pero muy pocas la han encontrado.

A la isla de San Borondón se le ha dado muchos nombres a lo largo de la historia:

La **Inaccesible**,

La **Non Trubada**,

La Perdida,

La Encubierta

y La Encantada

son algunos de ellos.

Inaccesible es difícil de acceder, que no se puede llegar a ella.

Non Trubada significa **no encontrada** en portugués antiguo.

Para mucha gente, la isla de San Borondón es un invento, un producto de la imaginación.

Hay quien dice que son boberías.

Hay quien dice que esta isla está al oeste de La Palma, de El Hierro, y también de La Gomera.

Según se cuenta,
a la isla de San Borondón
solo se llega por casualidad,
nunca cuando se la busca.

—Una cosa, una cosa —dice Germán.
¿A qué no sabes por qué
se la llamó isla de San Borondón?

Vicente le mira y se echa a reír.

—Sí, lo sé. Pero seguro que tú también
y quieres decirlo, ¿a que sí?

Germán dice que sí
con la cabeza:

—¡Claro!
Es por el monje
de muchas leyendas **celtas**.

Los **celtas** son unos pueblos que,
en la antigüedad,
vivían en varias regiones del continente europeo,
como Irlanda, Inglaterra, Portugal y España.

El monje se llamaba
San Brandán,
y de ahí llegamos al nombre
San Borondón.

Vicente, satisfecho por la explicación
de su amigo, exclama:

—¡Pero hombre de Dios!
¡Antes de San Brandán,
está San Barindo!
Vayamos paso a paso,
querido amigo.

Primero,
te contaré la historia de San Barindo.
Después,
te contaré la historia de San Brandán.

Y entonces, empezaron las historias
sobre la isla de San Borondón
y sus misterios...

Todo comenzó en la Edad Media.
La Edad Media tuvo lugar
hace mucho tiempo,
entre los **siglos 5 y 15**.

Los siglos se escriben
en números romanos.
Así, los **siglos 5 y 15**
son los **siglos V y XV**.
La **X** significa **10**
y la **V** significa **5**.

El lugar el que empezó esta historia
es la **abadía** de Cluainfor,
que está en Irlanda,
una isla británica.

Una **abadía** es un monasterio cristiano.
Se llama abadía
porque allí manda un abad.
Un abad es el superior de un monasterio.

San Barindo fue a visitar a su primo,
el monje San Brandán,
que vivía en la abadía de Cluainfor.

Allí, le contó un viaje fantástico.

San Barindo iba en un barco por el océano.

Le acompañaba un monje

que se llamaba Merno.

Iban a buscar la

Isla de los Bienaventurados.

Según cuentan las leyendas griegas,

la **Isla de los Bienaventurados**

es una isla a la que van todas las almas

que ya han tenido 3 vidas

y que en todas las vidas han sido buenas personas.

Para muchas personas,

esta isla es el Paraíso.

Poco después de empezar el viaje,

apareció una niebla muy grande y espesa.

No se podía ver nada.

San Barindo y Merno

se asustaron mucho

y creyeron que no serían capaces

de salir vivos de aquel manto de nubes tan espeso.

San Barindo dijo:

—Recemos, hermano Mernoe,
para que esta niebla se vaya
y volvamos a ver la luz.

Mernoe, temeroso
y mirándolo a los ojos,
respondió:

—Sí, así haremos.
Estoy seguro de que Dios
nos ayudará.

San Barindo y Mernoe rezaron una oración.

De pronto, la niebla desapareció
como un suspiro,
por arte de magia.

Ante la mirada sorprendida de ambos,
apareció una isla muy grande,
con una luz muy densa y brillante.



Su tierra era muy rica
en pastos y frutas.

San Barindo y Merno
caminaron por la isla
durante 15 días.

Nunca encontraron sus límites.
La isla parecía no acabarse nunca.

En el suelo,
encontraron muchas piedras preciosas,
que parecían brillar más y más,
a medida que iban caminando.

También saborearon los plátanos más ricos,
que estaban en plataneras interminables.

Por fin, llegaron a un río
que separaba la isla en 2 partes.
En la orilla, apareció un ángel
de blancas alas
y corona de oro.



El ángel, con voz alta y grave, les dijo:

—No crucéis el río.

—¿Por qué? —preguntaron los 2 a la vez.

El ángel contestó:

—Porque en la otra orilla
están las puertas del Paraíso
y no podéis entrar.

San Barindo y Merno
se miraron asombrados
y se apartaron de la orilla.

Despacio,
como queriendo grabarlo todo en sus cabezas,
dieron la vuelta,
se subieron a su barco
y volvieron a casa.

Nunca más volvieron a ver aquella isla.

El monje San Brandán
quedó impactado ante la historia.

Quedó tan sorprendido,
que él también quiso conocer esas tierras
y convencer al ángel
para entrar en el Paraíso.

Al día siguiente,
le propuso a San Maclovio
y a 14 de sus **discípulos**
viajar hacia allí.

Prepararon el viaje durante 40 días.

Cargaron un barco gigante de provisiones
como comida, agua y vino.

Llamaron **Trinidad** a este barco.

Iniciaron el viaje por el océano Atlántico.

Viajaron durante 7 años sin descanso.

Un **discípulo**
es un seguidor,
como un aprendiz
de un maestro.

Conocieron criaturas bellas y desconocidas.
como **nereidas**, **ninfas** y **sirenas**.
Vivieron muchas aventuras diferentes
y visitaron islas muy extrañas.

Las **nereidas**, las **ninfas** y las **sirenas**
son criaturas que viven en el agua
de los mares, de los ríos y de las fuentes,
entre otros sitios.
Son mujeres de gran belleza.

Pero ninguna era San Borondón.

Cuenta la leyenda que, una vez,
llevaban mucho tiempo sin descubrir tierra
y se acercaba el día de **la Pascua de Resurrección**.

El día de **la Pascua de Resurrección**
es el día en el que se celebra
la resurrección de Jesucristo.
Es el último día de la Semana Santa.
De **resurrección**, viene la palabra **resucitar**.
Resucitar es devolver la vida a alguien
que ha fallecido.

El monje San Brandán estaba desesperado
porque quería hacer una misa
en tierra firme.

Por ello, se puso de rodillas
y le pidió a Dios encontrar un lugar.

Cuando estaba rezando,
apareció una isla en medio del mar.

Desembarcaron y dieron unos pasos.
Entonces, vieron a un gigante tumbado,
dormido en paz.

El gigante llevaba una barba larga y poblada,
sus cejas eran como grandes arcos grises
y sus ojos, en ese momento cerrados,
parecían puertas con candado.

Sonreía y sus labios estaban secos.
Sus pies descansaban sobre una llanura.
Barrigón y con brazos largos,
el gigante no se movía.

El gigante no respiraba.
Él estaba muerto.

San Brandán se puso triste.
Le pidió a San Maclovio
que le diera vida al gigante.

San Maclovio puso su mano
sobre la frente del gigante.
Rezó una oración cristiana
y, poco a poco,
el gigante se reincorporó sobre sus pies.

Aturdido, es decir,
más dormido que despierto,
les preguntó:

—¿Quiénes sois?
¿Por qué me habéis devuelto a la vida?

San Maclovio, con voz solemne,
contestó:

—Somos San Maclovio
y San Brandán.
Te hemos traído a la vida
para bautizarte
y que seas cristiano.

El gigante, agradecido, dijo que sí.

Decidieron que le pondrían de nombre Milduo.
Prepararon un altar
y celebraron la misa de bautizo
con mucho **fervor**.

El **fervor** es un interés
muy profundo por una religión.
Usamos esta palabra para las personas
que creen mucho en una religión.

Cuando acabó el bautizo,
hicieron un fuego para asar carne.

De repente, todos se asustaron mucho
porque la tierra temblaba.

Los monjes gritaron.
Algunos se escondieron detrás
de las piernas del gigante.

Todos tenían mucho miedo.
La isla se movía lejos,
poco a poco,
del barco Trinidad.

Los monjes recogieron todas las cosas
y se subieron al barco otra vez.

Cuando se alejaron,
se dieron cuenta
de que habían estado encima
de una ballena enorme.

La ballena volvió al fondo del océano
y el fuego de la hoguera
se apagó para siempre.

Durante aquel largo viaje,
los monjes llegaron a otras islas
en las que descubrieron
muchos animales fantásticos
y paisajes maravillosos.

Estuvieron en una isla
llena de bosques y de flores.
En esta isla, también había muchos pájaros
que cantaban melodías preciosas.

También estuvieron en otra isla
con hierbas que olían muy bien
y unos racimos de uvas muy grandes
que parecían manzanas.

Una sola uva era suficiente
para alimentar a una persona.

En busca de la isla del Paraíso,
aquella en la que San Barindo y Merno
se encontraron con
el ángel de blancas alas,
llegaron a la isla de San Albeus.

En la isla de San Albeus,
vivían 24 monjes que hablaban
en lengua de signos.

Solo se escuchaban sus voces
cuando cantaban himnos.
Estos monjes llevaban más de 8 años
sin decir nada.

A pesar de esto,
el gigante Milduo,
San Maclovio y San Brandán
pudieron comunicarse bien
con los monjes de esta isla desconocida.

Los monjes silenciosos eran muy amables.
Felices de conocer a gente nueva,
enseñaron los paisajes de la isla
a sus visitantes
y los colmaron de atenciones
y **manjares exquisitos**.

Un **manjar
exquisito**
es una comida
deliciosa.

Para el gigante Milduo,
San Maclovio y San Brandán,
fue una pena irse de allí.

Pero estaban decididos a
encontrar el Paraíso.

Descubrieron otra isla,
grande y llena de árboles sin hojas.
En lugar de hojas, estos árboles
tenían unas pequeñas criaturas
cubiertas de plumas.

Estas criaturas colgaban
de las ramas por el pico
y vivían pegadas
a los troncos de los árboles.

Con los picos,
sacaban el jugo de los árboles.

El gigante Milduo exclamó,
entre risas:

—¡Qué maravilla!

San Brandán contestó:

—Mejor vámonos de aquí.
Estas criaturas me dan miedo.
¡Podrían ser peligrosas!

Finalmente, tras muchas islas
pobladas por demonios,
gatos y serpientes de mar,
dragones y buitres,
llegaron a la isla
que describió San Barindo.

Supieron que era la isla que buscaban
porque apareció de la nada, de repente,
envuelta en bruma y niebla.

Una vez allí,
tras caminar sin descanso
por aquellas tierras
que parecían no tener fronteras,
llegaron a la orilla del río.

El gigante Milduo
levantó una de sus piernas.

Aunque el río era ancho,
él era capaz de cruzar el río
de una **zancada**.

Una **zancada**
es un paso
largo y rápido.

No hizo falta.

Antes de pudiera hacer nada,
el ángel de corona de oro
y blancas alas apareció ante ellos.
El ángel les dijo:

—No crucéis el río.

—¿Por qué? —preguntaron, **atónitos**.

El ángel contestó:

—Porque en la otra orilla
están las puertas del Paraíso
y no podéis entrar.

El ángel les dijo las mismas palabras
que a San Barindo y Mernoé.

No obstante,
San Maclovio quiso insistir:

—Pero... —respondió, con dudas.

Estar **atónito**
es sorprenderse
ante algo
poco común.



—Volved sobre vuestros pasos.
Volved a vuestro barco,
zarpad hasta vuestro destino
y desapareced.

Nadie rehistó:
el ángel había sido **tajante**.
Sin dejar de mirar
los paisajes sensacionales,
las piedras preciosas
que inundaban los suelos
y las criaturas que vivían en la isla,
decidieron volver a Irlanda.

Supieron que nunca más
volverían a la isla de San Borondón.

Con el tiempo,
aparecieron más relatos sobre esta isla
a la que se llamó San Borondón
por San Brandán,
el monje irlandés que más empeño
puso en llegar a la isla.

Ser **tajante**
es ser firme,
dar una discusión
por terminada.

En todos estos relatos,
la isla de San Borondón
estaba en el oeste de las islas Canarias.

Pero nadie, nunca más,
pudo afirmar que esta isla sea real.

Es un misterio por resolver.

—¿Un misterio sin resolver? —dice Germán—.

¡No hay misterios que valgan!
Con lo que yo sé sobre barcos
y lo que tú sabes sobre mapas,
estoy seguro de que podríamos
encontrar San Borondón,
tú y yo, solos.

Vicente se calla y mira a su amigo,
con media sonrisa en la boca.
Sabe que Germán no bromea...

... Y, entonces, comienza otra aventura.

Otra aventura que ya les contaremos otro día.



